

VARELA, JUAN CRUZ (1794-1839)

*DIDO*

PERSONAJES:

DIDO, *reina de Cartago.*

ANA, *su hermana.*

BARCENIA, *dama de la reina.*

ENEAS, *rey de los troyanos.*

NESTEO, *teniente troyano.*

SERGESTO, *comandante troyano.*

La escena es en Cartago, en un salón del palacio de la reina.

ACTO I

*Escena I*

NESTEO y SERGESTO.

SERGESTO

Fuera mengua, en verdad, si hubiera Eneas  
formado tal designio, mas, Nesteo,  
¿no miras tus sospechas disiparse  
bien como el humo se disipa al viento?  
El amor a la gloria y a la fama  
es superior a todo; y los inciensos  
que los héroes ofrecen, nunca suben  
en honor de otro Dios, ni en otro templo.  
Dido es hermosa, es reina; nuestras naves  
en paz amiga recibió en sus puertos;  
y desde aquella noche en que, pendiente  
de los labios de Eneas, el suceso  
oyó de Troya, y nuestros crudos males  
la flecha del amor hirió su pecho.  
Todo es verdad; pero jamás podría  
nuestro rey humillarse hasta el extremo

de olvidarse a sí mismo, porque Dido  
no se acuerda de sí. Nunca, Nesteo,  
me quise persuadir que el mismo Eneas  
manchase así la historia de sus hechos.  
En fin, tú ya lo ves: nuestros bajeles  
las velas hoy ofrecerán al viento;  
y mañana la aurora, al levantarse,  
nos verá en alta mar, lejos de un puerto  
do se respira un aire ponzoñoso  
destructor de la gloria, y en que el tiempo  
en ocio muelle y femenino halago  
se pierde sin honor y sin provecho.  
Eneas, juntamente con nosotros,  
se lanzará a la mar; él el primero  
en paz serena afrontará el peligro,  
y a insultar a la muerte aprenderemos.

#### NESTEO

Mi sospecha, Sergesto, si crecía,  
era porque crecía mi deseo  
de abandonar cuanto antes unas playas  
que a los troyanos ha negado el cielo.  
Los restos de Ilión son destinados  
para dar nueva forma al universo,  
y hacer que las edades venideras  
repitan con asombro nuestros hechos.  
¿Qué debía yo creer, cuando miraba  
pasarse tantos soles, y con ellos  
Eneas entregarse a los placeres  
que, de la reina en el delirio ciego,  
le ofrece este palacio? Es necesario  
de bronce duro amurallarse el pecho  
contra el halago de mujer que adora,  
contra la astucia del amor artero.  
Eneas lo hizo ya: cuando la noche  
cielos y tierra con oscuro velo  
cubra, y entregue los mortales todos  
al letargo pacífico del sueño,  
entonces nuestras naves silenciosas  
al mar se confiarán; tal es al menos  
la orden que Eneas a Cloanto diera  
cuando a su estancia lo llamó en secreto  
al rayar este día, en que la gloria  
a mostrársenos vuelve. Yo, Sergesto,  
reviví con la nueva; y de mi engaño  
yo sólo sé con qué placer he vuelto.  
Otra vez en Eneas hallo al héroe

que, de mi patria en el fatal incendio,  
me enseñó en una noche solamente  
cómo puede un mortal hacerse eterno.

#### SERGESTO

Siempre debiste hacer esa justicia  
al mérito de Eneas. Tantos hechos,  
tantas proezas, y un renombre claro  
no se mancillan pronto, y mucho menos  
por el débil amor, cuyos placeres  
tan sólo afectan mujeriles pechos.

#### NESTEO

Cuando inundaron los troyanos campos  
las falanges inmensas de los griegos,  
tres lustros no contabas, y de entonces  
sonó en tu oído de la guerra el eco.  
Diez años de un combate continuado  
a la ruina de Troya precedieron,  
y, en tan largo período, el pecho tuyo  
sólo en justa venganza estuvo hirviendo.  
Gritos feroces, moribundos ayes,  
ríos de sangre, asolación y muertos,  
tal era el cuadro de la patria nuestra  
en tantos días de furor inmenso;  
y tal escuela a conocer no enseña  
el corazón del hombre. Yo, Sergesto,  
con pocos años más de los que cuentas,  
sé cuánto puede amor. Cuando los griegos  
vinieron sobre Troya, las troyanas  
solamente bastaran a vencerlos,  
si los griegos tuvieran corazones  
que no fueran de tigres o de acero.  
Cuando yo a Aquiles conocí, y a Ulises  
y a los dos hijos del soberbio Atreo,  
ya había conocido la violencia  
con que arde a veces del amor el fuego.  
Y ¡cuán difícil es ahogar su llama  
a quien se goza con su mismo incendio!  
Por esto, amigos, cuando ya seis lunas  
ha que pisamos de Cartago el suelo,  
sin que hasta hoy Eneas se acordase  
de su honor y de Italia, en el silencio  
mi sospecha oculté: pero he temido  
que en el altar de amor quemara incienso,  
y que la gratitud de ser amado  
amante lo tornara, posponiendo

su antigua gloria, y la mayor que resta  
con llenar del destino los secretos.

#### SERGESTO

Pues de otro modo ha sido.

(En actitud de mirar afuera por alguna ventana del salón.)

El sol ya brilla  
sobre la cima de los altos cerros  
que a Cartago dominan: el instante  
es ya llegado en que cumplir debemos  
la orden que, por medio de Cloanto,  
Eneas nos ha dado. Con secreto  
de nuestra pronta fuga, y de la hora  
en que es preciso concurrir al puerto,  
avisemos a todos los troyanos:  
y do el honor nos llama, allá volemós,  
y nunca Eneas sienta haber nombrado  
por uno de sus jefes a Sergesto.

#### NESTEO

Vamos, amigo. ¡Malhadada reina!

¡Cuánto tu suerte y tu dolor lamento!

(Se van los dos.)

### *Escena II*

DIDO y ANA.

DIDO (Saliendo con su hermana.)

¡Ay, Ana! Tú lo sabes: la primera  
te abrí mi corazón; y mi secreto,  
hasta que el fondo te mostré del alma,  
tus ojos penetrantes no leyeron.

Mi ardor no es obra tuya: yo no imputo  
ni imputaré jamás a tus consejos  
el repentino estrago de esta llama  
que ya en pavesas convirtió mi pecho.

Frenética era ya, cuando tu lengua  
aún no aprobara mi furor inmenso,  
ni tu cariño a la infelice Dido  
te hiciera tolerables sus excesos.

Esta insana pasión me llena toda,  
y todo abrasa cuanto en torno veo.  
¿Será que tal volcán, Ana querida,

en mi daño los Dioses encendieron?  
Perdona mi dolor: deja que llore,  
y derrame mis ansias en tu seno...  
Yo no sé, yo no sé qué abismos hondos  
cavarse bajo de mi planta sienta.

(Se inclina unos instantes en el seno de su hermana.)

ANA

¿De cuándo acá, mi Dido, ese lenguaje  
de desesperación, esos afectos  
de una inquietud ansiosa y afligente,  
contrarios hoy a los de ayer serenos?  
Troya y Eneas en igual renombre  
sonaban en Cartago, y el incendio  
de la ciudad más populosa de Asia  
ya llenaba de asombro el universo.  
Tú admirabas al héroe que, entre llamas,  
penates, padre, esposa, el hijo a un tiempo  
supo salvar con valerosa mano;  
sin que de Atridas los soldados fieros,  
ni los horrores de la noche infanda  
pudieran contrastar su noble esfuerzo.  
Tú lo admirabas; y en las nuevas salas  
sirven de adorno a tu palacio regio  
los animados lienzos, do trazaron  
tantas hazañas los pinceles diestros.  
En ellos ¡cuántas veces hemos visto  
entre escombros y ruina, y humo y fuego,  
vibrar de Eneas la tremenda espada,  
y circundar mil muertes a los griegos!  
Allí se mira entre falange espesa  
las puntas despreciar de cien aceros,  
solo animar desesperanzada hueste,  
solo triunfar del bárbaro Androgeo  
y vengar solo los airados manes  
de los fuertes de Ilión, que perecieron  
en el largo período de diez años  
contra toda la Grecia combatiendo.  
¡Dido!, tú lo mirabas; y el destino  
todavía ocultaba entre sus velos  
del grande Eneas la futura suerte,  
y tu suerte también: ni al pensamiento  
pudo venir jamás que nuestras playas  
vieran de Troya los preciosos restos.  
Ellos se fiaron a merced del ponto;

y al ponto amotinaron tantos vientos  
cuantos de Juno a la inmortal venganza  
y al eterno rencor obedecieron.  
Otro Dios los salvó: las rotas naves  
arribaron por fin a nuestros puertos,  
y Eneas a tus ojos se presenta  
muy mayor que su fama. Cuando el cielo  
se ocupa de un mortal, y lo reserva  
para obrar sus prodigios, ¿qué recelo  
puede inspirarte la pasión más digna  
que abrigara jamás humano pecho?  
¿Temes amar lo que los Dioses aman?  
¿O son que Dido las deidades menos?

#### DIDO

¡Ay, hermana!, perdona... No es mi llama,  
es mi destino cruel al que yo temo.  
Yo le vi, tú le viste; y era Eneas,  
más que un mortal, un Dios; hijo de Venus,  
amable, tierno, cual su tierna madre,  
grande su nombre como el universo,  
me miró, me incendió; y el labio suyo,  
trémulo hablando del infausto fuego  
que devoró su patria, más volcanes  
prendió con sus palabras aquí dentro,  
que en el silencio de traidora noche  
allá en su Troya los rencores griegos.  
Amor y elevación eran sus ojos,  
elevación y amor era su acento;  
y, al mirar, y al hablarme, yo bebía,  
sedienta de agradarle, este veneno  
en que ya está mi sangre convertida  
y hará mi gloria o mi infortunio eternos.  
Al principio dudé si el pecho mío  
sería digno de su heroico pecho.  
No he fijado, aunque reina, las miradas  
de los moderadores de los cielos;  
no soy más que mortal; y yo creía  
ver brillar en Eneas un reflejo  
de aquella lumbre celestial, que pasa  
del rostro de los Dioses al de aquéllos  
que su amor soberano arrebataron,  
o de tan alto origen descendieron.  
Mi temor era justo; pero pronto  
no pudo más el alma obedecerlo,  
y cedió a su pasión: los ojos míos  
declararon por fin al extranjero

el ardor que en mis venas discurría,  
penetrando sutil hasta los huesos.  
Su corazón, hermana, sólo es duro  
enfrente de la muerte, cuando, lleno  
de coraje sañudo en los combates,  
la venganza y furor hinchaban su pecho:  
pero, al lado de Dido, si es que pudo  
resistir al amor, no quiso al menos  
negar el paso a los ardores míos,  
y los dejó llegar hasta su seno.  
Mil de veces pedile en ruego blando  
que me quisiera referir de nuevo  
los hados de su patria, y mil de veces  
los escuché con redoblado anhelo.  
¡Astucias de mi amor! Mientras su labio  
pendiente me tenía, yo en los besos  
me gozaba de Ascanio, y en el hijo  
encontraba a su padre mi deseo.  
Todo fue Eneas para mí de entonces;  
Eneas eran mis dichosos sueños,  
Eneas era mi vigilia ansiosa,  
y mi palacio, de su nombre lleno,  
y Cartago también, de mis furoros  
testigos todos con asombro fueron.  
Esta ciudad reciente, cuyos muros  
emprendí con afán, de su cimiento  
no los ve ya subir; los torreones  
que elevar a las nubes se debieron  
para defensa de Cartago un día,  
apenas se alzan del nivel del suelo;  
e, interrumpidas ya las obras todas,  
mi sola ocupación es mi amor ciego.  
Pero ayer... ¡ay, hermana!... los destinos,  
los destinos de Dido la perdieron.  
No nací para tanto... ¡Nunca, nunca,  
llegaran sus bajeles a mis puertos!  
¡Y nunca, nunca tu infeliz hermana  
sufriera tan atroz remordimiento!  
¡Ay, Ana! ¿Ya lo sabes? ¿Qué querías  
de una flaca mujer, contra el incendio  
que, entre la sombra de callada selva,  
la abrasaba en presencia de su objeto?  
¡Día de perdición, ayer luciste!  
¡Silencio de los bosques! ¡Oh silencio  
peligroso al pudor! Deja que oculte  
mi vergüenza, Ana mía, y mi secreto.

(En ademán de irse.)

ANA (Deteniéndola.)

¿Y así rehúsas nuevamente abrirte  
a la que sola te dará consuelos?  
Ignoro tu pesar: pero ¿en qué parte  
vas a encontrar alivio a tu tormento,  
si en mi seno amoroso y compasivo  
no quieres descargar su enorme peso?  
Cuanto más delicada, es más expuesta  
una intensa pasión a contratiempos,  
y cuanto más incendio más temores  
tal vez circundan los amantes pechos.  
Háblame, Dido; que quizá tu llanto  
discurre en vano por tu rostro bello;  
y quizá en vano se atormenta un alma  
que debiera nadar entre contentos.  
Las veces de razón, querida hermana,  
la amistad hace en los amantes ciegos,  
y la mía merece lo que anhela,  
porque no anhela más que tu sosiego.

DIDO

Ver no quiero, Ana mía, convertidos  
tu amistad y cariño en menosprecio.  
Si desato mi lengua, y en su claro  
te pongo el corazón, todo tu afecto  
se cambia en odio a la infelice Dido,  
y todo, todo, hasta mi hermana pierdo.  
Ya se vengaron los airados Dioses,  
y ya el castigo de mi culpa siento:  
no aumentes mi dolor con la vergüenza  
de confesar yo misma mis excesos.  
No me creí culpable; pero anoche  
crimen y pena me ha mostrado un sueño,  
y estoy abandonada a la venganza,  
a la justa venganza de los cielos.  
No me aborrezcas, Ana, en mi desdicha,  
que bastante yo misma me aborrezco.

ANA

¡Ingrata! ¡Ingrata! ¿Alguna vez por suerte  
te faltó mi amistad, o en largo tiempo  
el dolor te amargó, sin que mi mano  
derramara dulzuras en tu seno?  
¡Aborrecerte yo! ¿Pudiste, Dido,  
así ofenderme, cuando no te ofendo?



¿Este retorno a las finezas mías  
debiste prepararme, o yo temerlo?  
Si Eneas y su amor te ocupan toda,  
y si él solo te basta, por lo menos,  
la amistad de tu hermana merecía  
un galardón mejor que tu desprecio.

DIDO

No insultes mi dolor, ni más agravies  
un tierno corazón, en que reservo  
la sola parte que a mi hermana toca  
sin entregarla al que prendió este fuego.

ANA

¿Y en qué te obstinas, o por qué no admites  
la sola mano que te da el remedio?

DIDO

No hay remedio, querida; si mi labio  
el misterio revela, no por eso  
esperes aliviar las ansias mías.

ANA

Te ayudaré a sentir, si más no puedo,  
y ¡qué dulce es llorar, cuando se mezclan  
lágrimas de amistad al llanto nuestro!

DIDO

¿Lo quieres? Está bien. ¡Así quisiera  
mis ansiedades aquietar el cielo!  
Oye la causa de mi mal, y mira  
si te sabré querer, cuando me atrevo  
a descubrirte la vergüenza mía.  
¡Oh!, ¡si como es oculta al universo,  
así lo fuese a las deidades todas  
cuya venganza desde anoche temo,  
y que en sueño espantoso me mostraron  
que fui culpable, sin pensar en serlo!  
Sal; ve si alguno el importuno paso  
hacia esta estancia mueve, y al momento  
hazlo retroceder, no siendo Eneas.  
Él solo escuchar puede los tormentos  
que desde anoche el corazón desgarran;  
él solo puede, pues por él padezco.

(ANA se va.)

### *Escena III*

DIDO.

DIDO

¿Qué la voy a decir? ¿Por dó mi lengua  
primero empezará? Si no refiero  
el crimen que me abrumba, ni la causa  
de mis terrores referirla puedo...  
¡Crimen! Eneas es esposo mío:  
si decirlo a la faz del orbe entero  
de mi estrella el rigor no me permite,  
testigo ha sido de mi unión el cielo.  
En el fuego del rayo que cruzaba  
prendió su antorcha el plácido himeneo,  
fue nuestro altar un álamo del bosque,  
y la selva frondosa nuestro templo.  
¡Crimen! Mi corazón exento y libre  
quedó desde la muerte de Siqueo;  
y si no quise darlo al duro Yarbas,  
al blando Eneas entregarlo puedo...  
Mas, Dido, tú deliras... Te fascinan  
tu pasión miserable y tu deseo.  
Si la culpa no es tuya, ¿cómo anoche  
«¡criminal!, ¡criminal!», te dijo el cielo?  
¿Y cómo tu razón, cuando volviste  
del horrible espanto de aquel sueño,  
te empezó a condenar y te condena  
siempre que a la razón das un momento?  
¡Dioses que el fondo de mi pecho visteis,  
y las ansias miráis en que peleo!,  
¿sois Dioses sin piedad?... ¿Y abandonada  
podré verme de Eneas?... ¿Será cierto,  
lo que entre sombras vi?  
(Llamando.)  
Vuelve, querida;  
¡ay, Ana!, vuelve, y me darás consuelo.

(Queda la escena en silencio por un breve rato.)

## *Escena IV*

DIDO y ANA.

(Sale ANA.)

ANA

Nadie se acerca, hermana: del palacio  
dicen que Eneas se ausentó, al momento  
que el primer rayo, precursor del día,  
con oro el horizonte fue vistiendo.  
Cloanto iba con él, y a poco rato  
Nesteo, añaden que salió, y Sergesto.

(DIDO muestra su sorpresa y su inquietud.)

Es rara esta conducta; yo a Barcenia  
encargué que indagara con secreto  
el motivo que pueda ocasionarla,  
y que a informarnos regresara luego.  
Mas no vendrá tan pronto que no puedas...  
Pero, Dido, ¡qué extraño abatimiento!  
Heme a tu lado nuevamente, amiga;  
deposita tus penas en mi pecho;  
que, si acaso aliviarte no me es dado,  
sabré contigo perecer al menos.

DIDO

¡Cruel!, ¡cruel! ¿Qué nueva me has traído?  
¿Qué puñal, sin saberlo, hasta mi seno...!  
¿Lo ves?, ¿lo ves?... ya se cumplió...No había  
la luz del sol esclarecido el cielo,  
cuando Eneas... ¡oh, Dios! ¿Y dónde ha ido?  
¿A qué fin a la aurora, y en silencio,  
del palacio salir? ¿Qué nuevos pasos!  
¿Qué no debo temer de este misterio?  
¿Ves cómo era verdad, verdad terrible,  
la que anunciaba mi horroroso sueño?

ANA

Depón, querida, turbación tan grande.  
¿Qué sueño es éste, que a tan duro extremo  
de dolor te arrebató? Ya no es justo  
atormentarme más con tu silencio.

DIDO

Pues oye, y tiembla, como yo he temblado,

y ve si encuentras a mi mal remedio.  
Desde que Eneas arribó a mis playas  
no tuve más afán que complacerlo,  
estudiar sus miradas, sus acciones,  
anticiparme a todos sus deseos,  
idolatrarlo, en fin. Diestro en la flecha,  
era la caza su mayor recreo;  
y tú me has visto las mañanas todas  
acompañarle por el bosque espeso,  
por la llanura de los verdes valles,  
y por la cumbre de los altos cerros.  
Ayer sereno, como nunca, el día  
en oriente lució: los compañeros  
de Eneas, los magnates de mi corte,  
y Ascanio mismo, con nosotros fueron.  
Mas, no bien se esparciera por los campos  
el venatorio bando, cuando el trueno  
empezó a retumbar y en negra nube  
cubrirse el sol y encapotarse el cielo.  
Ardiendo el rayo sin cesar cruzaba,  
y el aire todo convertido en fuego,  
el miedo santo a las eternas causas,  
el pavor inspiraba, y el respeto.  
Toda la comitiva disipose;  
y en las cabañas, o en los hondos senos  
de las cavernas do las fieras moran  
buscaron un asilo los dispersos.  
A Eneas y a tu hermana un bosque amigo  
amparo les prestó, y en su silencio  
sólo la voz de amor fue triunfadora,  
y empezó a resonar dentro del pecho.  
Ana, si Dido fue culpable, ha sido  
cómplice de su culpa el mismo cielo.  
Él suspendió sus rayos y sus iras  
en el momento que en el bosque espeso  
penetró nuestra planta; cual si fuera  
la tormenta terrible, de himeneo  
la precursora pompa. Aquel instante  
estalló mi volcán, y...  
(Cubriéndose el rostro, como avergonzada.)  
¿Qué te puedo  
decir yo con mi voz, que no te diga  
mejor que con mi voz, con mi silencio?

ANA

Prosigue, Dido: de tu blanda hermana  
no esperes otra cosa que consuelos.

## DIDO

Tal es mi culpa, si llamarse culpa  
puede el amor, y la pasión que debo  
a un héroe que ya miro como esposo,  
y que sin duda lo es...pero yo tiemblo  
al recordar la noche que ha seguido  
a un día que empezó tan placentero.  
Llegó la hora en que recibe a todos  
en paz amiga el regalado sueño,  
y en que los miembros fatigados hallan  
el plácido descanso en blando lecho.  
No bien entré en el mío, y mis sentidos  
ocupaba el sopor, cuando del templo  
donde reposan en la yerta tumba  
las frías cenizas de Siqueo,  
de repente las bóvedas temblaron;  
y, arrojando con furia el pavimento  
las losas sepulcrales, fue mi esposo  
entre los descarnados esqueletos  
el que primero conmoviéndose miro,  
y acercarse hacia mí con paso lento.  
Su mirar era horrible, y en mi oído,  
sonó ronca su voz, cual suena el trueno  
cuando, de monte en monte retumbando,  
lejos se escucha resonar el eco.  
«¡Perjura!», dijo, y al decirlo airado,  
me arrancó con violencia de mi lecho,  
y, llevándome al borde de su tumba,  
«éste es», añade, «tu debido premio.  
Has roto el juramento sacrosanto  
que pronunciaste al expirar Siqueo,  
y que oyeron los Dioses infernales,  
que presiden la muerte y el silencio:  
ven a sufrir tormentos espantosos  
en la mansión callada de los muertos».  
Sus palabras horrísonas entonces  
los cadáveres todos repitieron,  
y ya lanzaban en la horrenda huesa  
a tu hermana infeliz, cuando su acento  
«¡Eneas!», exclamó; «ven a librarme  
de los horrores que por ti padezco».  
A mi voz los espectros, silenciosos,  
el mar se señalaron, y cubierto  
de bajeles el mar, el mismo Eneas  
iba huyendo de Dido en uno de ellos.

Entonces desperté, y, abandonada  
al furor de las sombras, aquel sueño  
hubiera puesto término a mi vida,  
si en fuerza del pavor no me despierto.  
Un sudor frío, anunciador de muerte,  
bañaba todos mis cansados miembros,  
y la imaginación me presentaba  
en cada nuevo instante horrores nuevos.  
Al fin brilló la luz, que nunca, nunca  
ha tardado como hoy a mi deseo.  
Ana, ya tú lo viste: el alba apenas  
apagaba su lumbre a los luceros,  
cuando volé a tu estancia, de la mía,  
y de mi lecho, y de mí misma huyendo.  
Ya sabes mi delito y mis temores:  
si el primero no es tal, ¡pluguiera al cielo  
que éstos no fuesen más que sombra vana,  
y que volasen cual voló mi sueño!

ANA

¿Y así, Dido, te entregas al prestigio  
de una ilusión soñada? ¡Qué!, ¿los celos  
es tan fuerte pasión que sus furores  
lleve hasta las mansiones de los muertos?  
A los que yacen en la tumba ¿piensas  
que ni tú ni tu amor...?

DIDO

Sí, ya lo veo:  
mas, si nada hay de común entre el que goza  
la luz del día, y el que fue, a lo menos  
es muy posible que un amante ingrato  
a quien vive por él deje muriendo.

ANA

Mas ¿qué razón a tus temores hallas?  
¿Qué mudanza ves tú que yo no veo?

DIDO

Ésta es la hora, y éste mismo el sitio  
a que todos los días el primero  
concorre Eneas, y de aquí a la caza  
conmigo sale. ¿Dónde está? Yo temo  
que la primera vez que falta Eneas  
no sé qué me prepara de funesto.

ANA

Tal vez no tardará: pero siquiera,  
en tanto que el motivo no sabemos,  
no anticipes tu mal. ¿A quién, hermana,  
para ser infeliz le falta tiempo?  
Tú verás cómo Eneas... Mas Barcenia  
hacia aquí viene ya: todo el misterio  
de su labio sabrás; verás cuál vuelves  
a tu tranquilidad y a tu sosiego.

### *Escena V*

DIDO, ANA y BARCENIA.

(Sale BARCENIA.)

DIDO

¿Qué me dices, Barcenia? ¿Son fundados,  
o no debo dar crédito a mis sueños?

BARCENIA

No os comprendo, señora; ni tampoco  
de comprender acabo lo que vengo  
de escuchar y de ver: de nuestras playas  
hoy los troyanos se despiden creo.  
Unos a otros en secreto se hablan,  
en confuso tropel bajan al puerto,  
y Eneas, y Cloanto, y otros jefes,  
parecen ordenar un movimiento  
que debe hacer la armada. En tal conducta  
hay algo ciertamente de misterio:  
los tirios y troyanos ya no forman  
como hasta el día de hoy, un solo pueblo;  
desconfían, se evitan, y parecen  
mostrarse mutuamente algún recelo.  
Se habla de un modo vario de la causa  
que ha producido tan extraño efecto:  
todos se encuentran, se preguntan todos,  
y nadie sabe responder lo cierto;  
pero yo temo que tal vez mañana...

DIDO (Prorrumpe con ímpetu y su agitación irá creciendo por grados hasta finalizar el acto.)

Basta, Barcenia. ¿Y es posible, cielos,  
que así se burle, sin hallar castigo,

de una reina infeliz un extranjero?  
¿Qué más he de saber? ¡Hermana! ¡Amiga!  
Ve, di a ese monstruo que deseo verlo,  
verlo la última vez. Tú sola puedes  
librarme en tantas ansias: el perverso  
a ti sola se abría, y te confiaba  
su doble corazón y sus secretos  
Ana, él te amaba, y a tu hermana triste  
mostraba sólo su mentido fuego.

ANA

No más insultes mi amistad, querida;  
que ya bastante en tu dolor padezco.  
Buscaré a tu enemigo; mal he dicho:  
no lo será tal vez... En fin, yo vuelo  
a encontrarme con él. Es imposible  
que quepa tal perfidia en tales pechos.

DIDO

Ve, vuela, llama al cruel: dile que Dido  
arde más en su amor cada momento;  
dile que se consumen mis entrañas  
en destructor inapagable incendio,  
y que todo mi ser... No digas nada...  
deja que me abandone. Yo ¿qué pierdo  
si he perdido mi paz, mi dulce calma,  
y quizá mi virtud, por un perverso?  
La muerte nada más... Tal vez la hora  
es ésta ya en que, tranquilo y quieto,  
se lanzará a la mar, y de mi pena  
se burlará con otros, convirtiendo  
hacia Cartago la insultante vista  
y gozando en mi mal... ¿Ves cómo el tiempo,  
Ana mía, se va? Vuela, querida,  
pide, ruega, importuna. Yo no creo  
que tanto mienta el exterior de un hombre...  
¡Tórnelo yo a mirar, y parta luego!  
Pero no huya de mí sin que mi lengua  
«¡ingrato!, ¡ingrato!», le repita al menos.

## ACTO II

### *Escena I*

ENEAS y NESTEO.



## ENEAS

Era mejor que el corazón, amigo,  
hecho de bronce o de diamante fuera,  
y que nunca, jamás, en él tuviesen  
algún poder las impresiones tiernas.  
Mi trabajada vida ningún paso  
me ofreció tan difícil; y más cuesta  
en la lucha de afectos encontrados  
hacer que al corazón la gloria venza,  
que insultar los peligros y la muerte  
en el ardor feroz de la pelea,  
y arrollar con denuedo imperturbable  
en negra noche las falanges griegas.  
¿Quién creería que un pecho acostumbrado  
a los horrores de la cruda guerra,  
fuese pecho amador, blando, sensible,  
que a los encantos del amor cediera?  
Ello es así. De mi valor, Nesteo,  
el esfuerzo mayor es esta ausencia.  
Dido se quejará de su destino,  
pero nunca de mí. Por dondequiera  
lléveme el hado; mas la imagen suya  
estará siempre en mi memoria impresa;  
que el amor no degrada, y nunca puede  
ser generoso quien ingrato sea.

## NESTEO

La pasión de la reina es acreedora  
a una pasión igual, y si no fueran  
las órdenes del cielo...

## ENEAS

No, Nesteo;  
es grande mi pasión, mas no me ciega;  
y yo estoy bien seguro de mi triunfo  
pues mi primer deber lucha con ella.  
La victoria es costosa, pero al cabo  
siempre fue necesaria: estas riberas  
no son en las que un día los troyanos  
hallar su patria y su fortuna esperan.  
Las reliquias de Troya, reservadas  
para formar una nación soberbia,  
deben sólo fijarse en las regiones  
do el Tíber corre, y el latino reina.  
El oráculo santo lo ha ordenado;  
y a nosotros, amigo, sólo resta

obedecer al cielo, y engreírnos  
de ser los instrumentos que quisieran  
los Dioses elegir, para que un día  
su voluntad suprema se cumpliera.  
Mas, aunque las deidades sus designios  
hubieran ocultado, nunca Eneas  
pudiera permitir que tantos héroes  
como han sobrevivido a la funesta  
destrucción de su patria, peregrinos  
en la extensión de la anchurosa tierra,  
mendigasen asilos extranjeros,  
y esclavos fuesen de una ley ajena.  
Atravesando mares, e insultando  
la muerte, la desgracia, y la miseria,  
debiéramos buscar de cualquier modo  
entre nuevos peligros, glorias nuevas.  
La historia de los héroes pocos días  
debe marcar oscuros, y la nuestra  
ha de servir de ejemplo a las edades,  
por más que cueste al corazón violencia.

#### NESTEO

Tal es mi parecer; y el labio mío  
jamás desmiente mi interior. Quisiera  
que, mudos los oráculos, dejaran  
a nuestra sola decisión la empresa  
de conquistar la fama; y que la gloria  
de un inmortal renombre la debieran  
a sí mismos, no al cielo, los troyanos.  
Mas, por mucho que el alma se posea  
de esta noble ambición, no puedo menos  
que lamentar la suerte de una reina...

#### ENEAS

Es justo, amigo: como tú lamento  
su desventura yo: ¿ni quién pudiera  
con más razón dolerse de sus males,  
que el mismo que los causa? La demencia  
de la pasión de Dido, sus transportes,  
el fuego abrasador en que se incendia,  
estériles no han sido, y a mi pecho  
harto cuesta el sentirlos. Era fuerza  
esperar en Cartago a que volviese  
la estación mansa de la primavera,  
para lanzar a un mar desconocido  
nuestras pequeñas naves; y la reina  
en todo este período ha fomentado

la infundada esperanza de que Eneas,  
prestándose por fin a un himeneo,  
no saldría ya más de estas riberas.  
Su amor pasó a mi pecho, pero nunca  
su ceguedad pasó; ni de mi lengua  
el dictado de esposa escuchar pudo  
por más que quiso que su esposo fuera.  
Si yo no me debiese a los destinos,  
sólo a Dido, Nестeo, me debiera;  
porque al cabo la amé, ni vendrá día  
en que de haberla amado me arrepienta.

#### NESTEO

¡Difícil posición! Y ¡cómo a veces  
los cuidados que el cielo nos dispensa,  
y el interés que en nuestra dicha toma,  
suspiros mil al corazón le cuestan!  
Mas por esto, señor, mejor sería,  
pues no hay otro remedio, que la ausencia  
fuese como la fuga, sin mostraros  
otra vez a la vista de la reina.  
¿A qué fin exponeros a reproches  
que ciertamente la razón condena,  
pero que el corazón, por más que luche,  
encuentra justos, y en silencio aprueba?  
Bien veis que a Dido ni el amor de gloria  
ni el destino arrebató: amante y ciega,  
ni escucha más razón que su cariño,  
ni siente más que su pasión intensa.  
¿O queréis que, abatida, desolada,  
desesperada después, vuestra presencia  
encone más la herida de su pecho,  
y se deje llevar...? ¡Señor!, es fuerza  
que huyamos de una vez: en su delirio  
una mujer amante todo atenta,  
y quién sabe si Dido... Mas, vos mismo,  
al rayar este día, con la idea  
estabais de partir sin ser notado.  
¿Qué causa puede haber que así convierta...?

#### ENEAS

Es verdad, lo pensé; mas yo creía  
ocultar nuestra fuga de la reina,  
y que su desengaño le viniese  
cuando, lejos del puerto nuestras velas,  
ni yo viera su llanto, ni ella misma  
que yo insultaba su dolor creyera.

Se frustró mi designio: el movimiento  
en que están los troyanos, la presteza  
con que acuden al puerto, mi salida  
temprano del palacio, y la sorpresa  
que ha causado a la reina el que este día  
faltase yo del sitio en que me espera  
para ir a la caza, han excitado  
su amarga duda, y su cruel sospecha.  
Yo lo temí cuando en la playa misma  
en medio del concurso vi a Barcenia,  
y la curiosidad que la agitaba;  
y, sin embargo, resistí esta prueba.  
Mas la hermana de Dido de repente  
ansiosa entre el tumulto se me acerca,  
me aparta de Cloanto, de su hermana  
me pinta la aflicción, llora, me ruega,  
y yo entonces prometo... ¿Quién resiste  
consolar a su amante, cuando ella  
no exige más consuelos que la vista  
del causador de sus amargas penas?  
Le prometí volver; he vuelto, amigo,  
y ¡ojalá que mi pecho no sintiera  
lo terrible del lance! Mas, al menos  
yo puedo resistir...

#### NESTEO

Podéis; pero ella  
ni sabrá, ni podrá: no son consuelos,  
son causas de furor las que la reina  
en su delirio busca; la esperanza  
aún quizá la promete... ¿Quién consuela  
a una mujer frenética? Es preciso  
que vuestra pronta fuga la convenza  
que ya no hay esperar: entonces puede  
que, por creeros ingrato...

#### ENEAS

¿Y yo debiera  
darle motivo para que algún día  
me impute con razón nota tan fea,  
y recuerde mi nombre como el nombre  
de un insensible, que el dolor desprecia?  
No, Nesteo; he de verla: estoy seguro  
de no olvidarme de quien soy: la reina  
sabrà que, si la deajo, en ningún tiempo  
la dejaría, si no fuese Eneas.  
Pronto debe venir hasta este sitio:

retírate, Nестeo. En la ribera  
que todo se prepare, y vuelve al punto  
en que deba mi nave dar la vela.

(Se va NESTEO.)

## *Escena II*

DIDO y ENEAS.

(Sale DIDO y hay algunos momentos de silencio en los que ésta mira a ENEAS con cierto aire de indignación. ENEAS manifiesta lo indeciso y difícil de su posición.)

DIDO (Prorrumpe exaltada.)  
¿Pudiste, pérfido, esperar? ¿Creíste  
que el disimulo tu maldad cubriera,  
y así, callado, entre ignominia y llanto  
dejarme abandonada? ¿Menosprecias  
el hospedaje que te di oficiosa,  
y que pude no darte?; ¿la obsecuencia,  
la amistad de los tirios?; ¿más que todo,  
la pasión impetuosa de una reina?  
¡Perjuro! ¿Sabes lo que a mí me debes?  
¿O el burlarte en mi mal crees que a tu nombre  
puede añadir honor? ¡Qué es esto, Eneas!  
Mi amor, la mano que te di de esposa,  
este fuego voraz, que por mis venas  
circula, y cunde, y me consume toda,  
sin dejarme sentir más existencia  
que la que siento para amarte, ¿nada,  
nada es bastante para hacer que vuelvas  
a contemplar a Dido, y los horrores  
en que la dejas para siempre envuelta?  
Bien lo predijo mi espantoso sueño...  
La tumba, nada más, la tumba yerta,  
la venganza terrible de los manes,  
ése es el premio que mi amor espera.  
Anoche yo te vi, te vi, perjuro,  
abandonar a Dido; y Dido, en presa  
a los espectros; y a la horrenda muerte,  
conoció tarde lo que amarte cuesta.  
Yo te llamaba, y te llamaba en vano;  
heme ya junto a ti: puedes siquiera  
librarme de ti mismo, de los males  
que, aun en idea, sin piedad me aterran.

¡Ingrato!, ¡ingrato! Tan siquiera aguarda  
a que, más decidida, te prometa  
un viaje fácil la estación propicia.  
Un día, nada más, un día espera.  
Yo no pretendo que en Cartago siempre  
vivas, y reines, y a mi lado mueras.  
¡Oh!, ¡si pudiera ser! Pero te ruego  
que un breve espacio, una pequeña tregua  
prestes a mi dolor, mientras mi pecho  
a vivir muertes en la horrible ausencia  
se puede preparar; mientras la suerte  
a saber ser tan infeliz me enseña.  
¿Me lo podrás negar? ¿Tendrás acaso  
de bronce el corazón? Parta mi Eneas,  
parta a su Italia, y en remotos climas  
un bello reino y una amante bella  
busque en buenhora; pero deme al menos  
derramar mi dolor en su presencia;  
y esta inmensa pasión siquiera logre  
que quien la vio nacer, un día vea  
hasta dónde llegó... ¡Mísera Dido!  
¡Oh, Dioses! ¡Qué furor!... Y si tuvieras  
pecho de bronce y corazón de roca,  
¿qué más harías con tu amante? ¿Cierras  
el labio mentidor? ¿Nada respondes?  
¿Llegar pudiste hasta esperar mi afrenta  
para entonces, malvado, y sólo entonces,  
abandonarme así? ¡Oh, luz funesta  
la que ayer me alumbró! ¿Por qué no vino  
una fiera del bosque?... ¡Oh, Dios! ¿Tu lengua  
hora calla, traidor? Mejor callara  
cuando a tu amante en su delirio oyeras.  
¡Cruel! ¿Y no se asoma por tus ojos,  
ni mentida, una lágrima siquiera?

#### ENEAS

¡Dido! ¡Mísera reina! Yo conozco  
la razón de tu amor: jamás Eneas  
se olvidará de lo que a Dido debe,  
y de los males que por él la cercan.  
Si yo solo de mí y de mis acciones,  
como tú de las tuyas, dispusiera,  
nunca tendrías que llamarme ingrato,  
por más que fuese tu pasión violenta.  
No es para mí la vida que los cielos  
con afán cuidadoso me dispensan:  
me debo a sus designios; y el Olimpo,

cuando escoge a un mortal, marca la senda  
por do debe marchar, ni le permite  
un solo paso separarse de ella.  
No es una sombra vana, no es un sueño  
al que obedezco yo, ¿ni quién pudiera  
así curarse de ilusiones tales?  
Un Dios es, Dido, quien a mí me ordena  
buscar entre peligros y borrascas  
más allá de los mares otra tierra.  
Un Dios es, Dido, quien mis pasos mueve:  
a la deidad, no a mí...

DIDO

¡Malvado! ¿Piensas  
que también no hay un Dios que a Dido cuida,  
y del perjurio y la traición la venga?

ENEAS

No soy perjuro ni traidor, querida:  
si así te llama y te llamó mi lengua,  
nunca, jamás, la desmintió mi pecho,  
donde tu imagen y tu amor se encierran.  
Bastantes días ya, bastantes días  
me reclama la gloria, que debieran  
solamente en buscarla haberse empleado,  
si nunca ardido en tu querer hubiera.  
Mis compañeros de infortunio, aquéllos  
que quisieron ponerme a su cabeza,  
y llamarme su rey, desde el momento  
en que, entre el fuego y la matanza griega,  
los libré del incendio de su patria,  
después que el cielo decretó perderla;  
éso han acusado con justicia  
mi estación en Cartago: ellos esperan,  
confiados en la fe de los oráculos,  
que Italia admire de la Troya nueva  
el naciente esplendor: yo mismo, Dido,  
a acusarme llegué; ni pudo Eneas  
esperar a que un Dios lo concitara  
sí no te hubiera amado con vehemencia.

DIDO

No insultes más en mi presencia al cielo.  
¿De cuándo acá los Dioses aconsejan  
el perjurio, el engaño; y autorizan  
a que un mortal sacrílego se atreva  
a cubrir con su nombre sacrosanto

las abominaciones que detestan?

ENEAS

Siempre el perjurio y la traición me imputas,  
cuando mis sentimientos no se mezclan  
con crímenes tan feos. ¿En qué tiempo  
su juramento ha quebrantado Eneas?  
Te juré que te amaba; y te amo, Dido,  
y te amaré, mientras la lumbre vea  
del sol vivificante, y esta vida  
me dispense el destino que me fuerza.  
Yo debí obedecerle, y fue por eso  
que consentir no quise en que encendiera  
Himeneo su antorcha, y nuestras almas  
por siempre uniese en ligadura eterna.  
Nunca mi esposa te llamé, ni nunca  
se escapó de mis labios una prenda  
de tamaño valor: te alucinaste,  
y a los delirios de tu pasión ciega  
diste una realidad que...

DIDO

Tú, tú mismo  
me hiciste concebir tan lisonjeras,  
tan dulces esperanzas. ¿Con qué objeto  
fomentabas mi llama, y en mis venas  
el veneno fatal a cada instante  
vertían tus palabras halagüeñas?  
Pero yo ¿dónde voy? ¿Cómo pretendo  
con llanto débil ablandar la peña  
de que es formado el corazón de un monstruo?  
Mis lágrimas ¿qué valen?... Nada... Aumentan  
el triunfo del malvado, y, engreído,  
contempla mi dolor y lo desprecia.  
¿Se le oye algún suspiro? ¿Algún sollozo  
interrumpe su hablar? Quiere que crea  
que lo violenta un Dios; como si fuesen  
los Dioses como Dido, que no piensa  
en nada más que en él; como si un hombre,  
un hombre solo interesar pudiera  
a los que en lo alto de su gloria miran  
como nada los cielos y la tierra.  
¡Un Dios! ¡Blasfemo! Parte; parte, inicuo;  
la ambición es tu dios: te llama; vuela  
donde ella te arrebató, mientras Dido  
morirá de dolor: sí. Pero tiembla,  
tiembla cuando, en el mar, el rayo, el viento,



y los escollos que mi costa cercan,  
y amotinadas las bramantes olas,  
en venganza de Dido se conmuevan.  
Me llamarás entonces, pero entonces  
morirás desoído. Cuando muera  
tu amante desolada, entre los brazos  
de tierna hermana expirará siquiera.  
Y sus reliquias posarán tranquilas,  
y bañadas de llanto en tumba regia:  
pero tú morirás, y tu cadáver,  
al volver de las ondas, será presa  
de los marinos monstruos; e, insepulto,  
ni en las mansiones de la muerte horrenda  
descansarán tus manes. Parte, ingrato,  
no esperes en Italia recompensas  
hallar de tu traición; parte, que Dido  
al menos estará entonces contenta  
cuando allá a las regiones de las almas  
de tu espantable fin llegue la nueva.

(Se va con precipitación.)

### *Escena III*

ENEAS.

ENEAS

¡Dido! ¡Dido infeliz! Ya no me escucha.  
La triste se abandona a la violencia  
de su pasión fatal; y yo, que la amo,  
¿qué puedo hacer por mitigar su pena?  
Nada me es dado; nada: yo conmigo  
me llevo su dolor; pero esta ausencia  
se juzga ingratitude; y mi memoria,  
manchada de una nota que detesta  
mi corazón sincero, será odiada  
de la mujer que adoro. Más valiera,  
sí, más valiera que la suerte oscura  
me hubiese confundido entre la inmensa  
muchedumbre vulgar: mi nombre entonces  
cuando muriere yo, también muriera,  
sin emplearse la fama en transmitirlo  
de una edad a otra edad; empero, exenta,  
mi vida fuera mía, y mi cariño  
no costara a mi amante lo que cuesta.

¡Oh, cielos! El tormento que yo sufro  
no debería ser la recompensa  
del sacrificio doloroso y grande  
que a vuestra voluntad consagra Eneas.  
Perdonadme, deidades inmortales:  
pero, ya que me disteis resistencia  
para acallar los gritos de mi pecho,  
y no escuchar más voces que las vuestras,  
mirad a Dido con piedad un día;  
y llegue a persuadirse que su amante  
hasta un extremo tal supo quererla,  
que a una pasión tan dulce, nada, nada,  
que no fueran los Dioses prefiriera.  
Pero, Eneas, ¡qué es esto! ¿Tu cariño  
puede cegarte ya? Sigue la senda  
que la gloria te marca: los troyanos  
te eligieron su rey; toda la tierra  
está pendiente de un destino nuevo:  
las esperanzas de los tuyos llena,  
cual debieras hacerlo, aunque el Olimpo  
no se dignara dirigir la empresa.  
Mucho tarda Nестeo; nuestras naves  
pudieran ya partir; nada interesa  
el esperar la noche, porque Dido  
ya penetró el misterio. ¡Qué violentas  
son ya las horas que en Cartago pasan!  
Mas ¿qué será? La hermana de la reina  
hacia esta estancia se dirige. ¡A mi alma  
nuevos combates por mi mal esperan!

#### *Escena IV*

ANA y ENEAS.

(Sale ANA.)

ANA

En nueva vez os busco, para daros  
por mi infeliz hermana nuevas quejas.  
¿Era posible que en el pecho vuestro  
se anidara, señor, una dureza  
que el exterior desmiente, y que parece  
no poderse hermanar con vuestras prendas?  
En mí no veréis llanto; y esto mismo  
me cierra la esperanza. Al que no muevan

las lágrimas preciosas de su amante,  
¿qué podrá ya mover? Pero, ¿no piensa  
el héroe de Ilión en la desgracia  
de Cartago, los tirios, y la reina?  
Cuando arribasteis vos a nuestros puertos  
en hora fortunada, estas riberas  
recién dejaba el implacable Yarbas.  
Bien lo sabéis, señor, en la demencia  
de su pasión feroz, pidió de Dido  
el tálamo partir, y que la diestra  
le entregara mi hermana, consintiendo  
en un enlace que el amor detesta.  
Dido se denegó, y él mismo entonces  
se presentó en Cartago. La fiereza  
de un carácter atroz, unida al fuego  
de un amor tan furioso como aquélla  
se dejó ver en Yarbas: Dido opuso  
más tenaz y más justa resistencia  
al temerario empeño; y, desesperado,  
el amante feroz se ausenta de ella.  
Pero, al partir, «Yo volveré», le dijo,  
«no ya como a rogarte; ni la tea  
que mi mano traerá podrá apagarse  
sin que en cenizas a Cartago vuelva.  
Tú sola escaparás de tal incendio;  
pero no más que para ser la presa  
en que se cebe mi rencor. Armada  
a toda la Getulia en mi defensa  
pronto verás venir; y arrebatada  
de en medio de los tuyos, en mis tierras  
serás esclava, pagarás bien caro  
tu orgullo, tus insultos, y mi afrenta;  
y, si aquí a Yarbas conociste amante,  
allá conocerás cómo se venga»,  
dijo, y partió; y en los confines nuestros  
ya bramaban las furias de la guerra,  
cuando entraron, preñadas de troyanos,  
a este puerto, señor, las naves vuestras.  
Dido las recibió; y al ver un héroe  
de cuyo nombre sus comarcas llenas  
estaban de antemano, y los soldados  
que pelearon diez años contra Grecia,  
ni ya temió de Yarbas los insultos,  
ni pensó en levantar las fortalezas  
que en el cimiento veis, y en que debían  
ampararse los tirios en la guerra.

La Fama al punto discurrió, y de Yarbas  
llevó al oído la funesta nueva  
de tan próspero arribo, y los amores  
que en el pecho encendisteis de la reina.  
Lo supo; y si, temiendo a los troyanos,  
contuvo sus furores la impotencia,  
la sed de su venganza más se enciende:  
¿y cuál será su efecto cuando vea  
que, abandonada la infelice Dido  
del brazo que se alzaba en su defensa,  
en presa queda a los rencores suyos?  
¿Cómo será su rabia, cuando aumentan  
los celos su furor? ¡Señor!, al menos  
esperad unos meses, mientras puedan  
levantarse los muros de Cartago,  
ya que nos falta quien su vez hiciera.  
Esperad unos meses: el delirio  
calmará de la reina, y ya dispuesta  
a miraros partir, no hará en su pecho  
el estrago que temo vuestra ausencia.  
¡Eneas! ¿No escucháis? Si en su infortunio  
a mi hermana mirarais, no cupiera  
más resistencia en vos: yo la he dejado  
en poder de sus tristes compañeras  
abandonada a su dolor terrible,  
a un dolor que la mata: ni su lengua  
pronuncia ya más voz que la de «muerte»,  
ni ya mi esfuerzo a consolarla llega.

#### ENEAS

Señora, vuestra hermana es la que causa  
que el favor que los cielos me dispensan  
tenga por infortunio; y que la gloria  
me parezca enfadosa, cuando vuelan  
todos mis compañeros en su busca,  
y ellos me llaman cual me llama aquélla.  
¿Y qué queréis de mí? Yo adoro a Dido;  
empero más adoro la suprema  
voluntad de los Dioses: ellos mismos  
abatirse se dignan hasta Eneas,  
lo futuro me enseñan, y me mandan  
que parta al punto de esta dulce tierra.  
Y yo, ¿qué puedo hacer? Mi amante mismo,  
la misma Dido, ¿en mi lugar qué hiciera?  
¿Teme de Yarbas el rencor innoble?  
Y antes que yo viniese, ¿cuál defensa,

que no fueran los tirios, a la rabia  
del tirano vecino se opusiera?  
Los tirios bastarán; estas murallas  
tienen tiempo de alzarse, antes que pueda  
el duro Yarbas concitar su pueblo,  
reunirlo, armarlo, y emprender la guerra.  
Además, el amor no dura mucho  
en un pecho feroz; la llama tierna  
es extranjera en él, arde de paso,  
y luego lo abandona a su rudeza.  
Así de Yarbas la pasión insana  
tal vez no existe ya, ni...

ANA

Si existiera  
en vuestro pecho la que en otros días  
a mi hermana jurasteis, no pudiera  
la ingratitud dictaros los efugios  
que vuestro mismo corazón condena.

ENEAS

Ni yo ni nadie condenarme puede.  
Entre las esperanzas lisonjeras  
de que una nueva Troya allá en Italia  
emule de la antigua la grandeza,  
y de ver a los míos presidiendo  
los grandes cambios que la tierra espera,  
sólo Dido me aflige, sólo Dido  
al hondo pecho los tormentos lleva  
que amargan mi ventura, y que me impiden  
ser feliz de una vez. Jamás ausencia  
fue más justa en amante que la mía:  
jamás hubo ninguno que cediera  
a una necesidad más imperiosa  
que la que a mí me arrastra. Si la reina  
piensa que sólo en su ulcerado pecho  
la hiel amarga del dolor se ceba,  
es porque todavía no ha acabado  
de conocer el corazón de Eneas.  
Pero Nesteo viene.

ANA

¡Oh, Dios!

ENEAS

¡Señora!

Quizá el momento de partir se acerca:

volad a vuestra hermana, consoladla;  
si a mí me fuera dado, yo lo hiciera.  
Vuélvana la razón vuestros consejos,  
mas no la aconsejéis que me aborrezca.

### *Escena V*

ANA, ENEAS y NESTEO.

(Sale NESTEO.)

ENEAS

¡Cuál tardaste, Nesteo! ¡No tardaras  
si lo que siento yo también sintieras!

NESTEO

No de otro modo pudo ser: las naves  
estaban prontas ya, y sólo a Eneas  
esperaba el navío de Cloanto,  
para tender al viento nuestras velas.  
Yo volaba a llamaros, cuando siento  
el náutico clamor desde la tierra,  
y observo a los pilotos prepararse,  
cual para resistir fiera tormenta.  
El lejano horizonte iba cubriendo  
caliginosa nube, y densa niebla  
nos ocultaba el mar, mientras brillaba  
en el seno del cielo, más serena,  
del almo sol la esplendorosa lumbre...

ANA

¿No veis, no veis, señor, lo que os espera  
si a la merced del pérfido elemento  
exponéis otra vez vuestra existencia?

NESTEO

No, señora; los cielos han hablado  
más que nunca esta vez. En la ribera  
conmigo estaba el sacerdote santo;  
y, humillando su faz hasta la tierra,  
invocó en alta voz a las deidades  
que al troyano protegen, y su lengua  
enmudeció después; sus actitudes,  
su mirar, sus acciones, todo muestra  
que lo agitaba un Dios, y que a su vista

los celestes arcanos se presentan.  
Al cabo prorrumpió. «No pienses», dijo,  
«troyana gente, que segura senda  
nos abrirá la mar, mientras no tiña  
la sangre de las víctimas la arena,  
y no presencie Eneas y sus jefes  
el sacrificio que Neptuno ordena.  
La conquista de Troya costó al griego  
sacrificar en Aulida a Ifigenia,  
y el mismo día se inmoló en las aras  
del Dios del mar una hecatombe entera.  
Sin sangre de una virgen al troyano  
el ponto se abre cuando a Italia vuela;  
que, inmolados tres toros a Neptuno,  
el mar y el viento su favor nos prestan.»  
Dijo, y al punto el horizonte limpio  
quedó de nubes y de obscura niebla.  
Yo dispuse al momento que Cloanto,  
Sergesto, y los demás, que a la cabeza  
están de nuestra gente, se impusiesen  
del celestial portento; y, con presteza,  
las naves por un rato abandonando,  
saltasen nuevamente a la ribera.  
Os aguardan, señor, y el sacerdote,  
para empezar el sacrificio, espera  
que concurráis también: cuando termine,  
el bélico clarín hará la seña  
del reembarco de todos.

ENEAS

¡Ana! Ahora,  
decid, ¿nos habla el cielo? ¿Puede Eneas  
ser acusado con razón de ingrato?  
Vamos, Nестeo.

ANA

Sí: la triste reina  
también es una víctima inocente  
que sacrifica Eneas. Ifigenia,  
al puerto de Calcas inmolada,  
en Aulida expiró. Su misma tierra  
verá morir a Dido, porque quiso  
un bárbaro troyano que muriera.

ENEAS

No más, señora, atormentéis mi pecho;  
si vuestro labio sin razón se niega

a consolar a Dido, y al contrario  
su desesperación tal vez aumenta,  
Eneas hará más: vendrá de nuevo  
a ver si alcanza mitigar la fuerza  
del dolor de su amante. Los momentos  
que, en concluyendo el sacrificio, pueda  
permanecer aquí, serán de Dido;  
y cuando los clarines den la seña  
del instante postrero, de su lado  
recién me apartaré; que la ternura  
del que llamasteis bárbaro se extiende  
a más de lo que creéis. ¡Pueda mi lengua  
persuadir a mi amante, y las deidades  
apartar de sus ojos esa venda  
que no la deja ver, y que su hermana  
se empeña en no rasgar, como debiera!

### ACTO III

#### *Escena I*

DIDO y ANA.

DIDO

¿Aún dura el sacrificio? ¿Y el malvado  
el castigo no teme de su audacia?  
Implora a las deidades que le ayuden  
a faltar a su fe. ¿Cuál arrogancia  
es igual a la suya? ¿Piensa acaso  
que un sacrificio en las mentidas aras  
comprometa a los Dioses, como a Dido  
comprometer pudieran sus palabras?  
Pero ¡hermana!, ¿se va?, ¿se va, querida?  
¿Nada dice de mí? ¿Y abandonada  
así me deja a los furios míos,  
así me deja a la pasión de Yarbás,  
y a los horrores que en idea veo,  
y a la muerte infeliz que me amenaza?  
¡Ana! ¿No volverá? Quizá mi llanto  
penetrará una vez en sus entrañas,  
y un pecho ablandará que no es de bronce;  
que al menos no lo fue. Dime, ¿lloraba  
cuando tú le pintaste mis dolores?  
¿Dio un suspiro a tus quejas, ya que nada



a mis lágrimas dio? ¿Nada te dijo?  
¿Ni siquiera te dijo que me amaba?

ANA

Lo repitió, querida; pero el duro  
miente como mintió; ni hay esperanza  
de vencerle jamás. Deja que vuele  
a hallar la muerte en su anhelada Italia.  
Tú, ya piensa en ti misma; y este llanto  
que sea el postrer llanto que derrama  
por un infame tu dolor terrible.  
Llora, mas con tus lágrimas apaga  
hasta el último resto del incendio  
que furioso en tu pecho se cebaba.  
Llorar más de una vez por un ingrato  
es un delirio que quizá...

DIDO

Ya basta.  
¡Basta, traidora, de rasgar mi pecho!  
Cuando Dido indecisa batallaba  
entre la fe a Siqueo y este fuego  
en que de pronto ardió, ¿no fue mi hermana,  
no fueron sus consejos lisonjeros  
los que, adulando mi funesta llama,  
hicieron que, cediendo a su violencia,  
mi fe y mis juramentos olvidara?  
Tuya es la culpa, tuya: ¿y cómo ahora  
pretendes que desame? ¿Piensas, falsa,  
que hay poder en los cielos ni en la tierra  
capaz de hacer que de mi pecho salga  
la imagen del perjuro que idolatro,  
y que en medio del alma está enclavada?  
Sábelo si lo ignoras: este incendio  
que reduce a pavesas mis entrañas,  
y en vez de sangre por mis venas corre,  
no es amor, no es pasión; es la venganza  
de algún ser superior, es el enojo  
de todas las deidades, conjuradas  
en contra de esta triste; así llegaron,  
ya llegaron al colmo mis desgracias,  
y mi sufrir excede la medida  
que a un mortal la natura le señala.  
¿Lo sabes? -Oye más-. Sí: tú, tú misma,  
en mis males horrendos empeñada,  
quieres abandonarme. ¿A qué, perjura,  
a qué me aconsejaste que le amara,

si era de haber un día en que tu labio  
así se desmintiera, en que tu hermana,  
lejos de hallar consuelo en tu cariño,  
viera en ti a su enemiga? ¡Oh, Dios! ¡Ingrata!  
¿Quieres que deje que de mí se aparte?  
¿Quieres que deje que se ausente a Italia,  
y otra mujer feliz, y otros amores,  
y mi abandono...? ¡Cielo! ¡Qué! ¿Pensabas  
que hay vida para mí sin que conmigo  
viva el amante que idolatra el alma?  
¿Qué puede hacerme dulce la existencia?  
Ni tu amor, ni tu fe - ¡Qué fe! - Ya falta  
de tu pecho también: ya te pusiste  
del bando del malvado, y...

ANA

¡Dido! ¡Amada!,  
amada de mi vida, ¿qué furores,  
qué poder invencible te arrebató,  
y de tal modo trastornarte puede,  
que aun contra mí tu corazón se alarma?  
¡Cielos! ¡Yo tu enemiga! ¿Yo ponerme  
del bando del perverso? Me faltaba  
este género nuevo de tormento  
sobre el dolor que tu dolor me causa.  
¡Yo engañarte, querida!, ¡yo, que vivo  
para que vivas tú!

DIDO

Perdona, hermana;  
perdóname otra vez. ¿De mí qué esperas?  
Mi pecho sabe amarte como me amas,  
pero yo estoy en presa a mis furores,  
y esta pasión... ¡oh, Dios! Mi furia insana  
¿tal vez pudo ofenderte? Dulce amiga,  
¿me querrás perdonar?

ANA

Vuelva la calma,  
vuelva, mi Dido, a tu angustiado pecho.  
¿No soy tu hermana yo? ¿No tienes tantas  
pruebas de mi amistad? El labio mío,  
si alguna vez te dijo que le amaras,  
fue porque nunca sospeché que Eneas...

DIDO

No me le nombres más; deja que parta

do le llame el destino. ¿Será cierto  
que le llama tal vez? ¡Siquiera, gratas  
las deidades que implora, fácil senda  
por entre el mar y los escollos le abran!,  
y, ¡ojalá que no en vano se derrame  
la sangre de la víctima en las aras,  
y los fervientes votos que alza al cielo  
no los disipe el viento en nuestras playas!  
Yo curaré mi mal: también a Dido  
la escucharé algún Dios. ¿No miras, Ana,  
cuál la tranquilidad vuelve a mi pecho,  
y la razón, triunfando de mi llama,  
ni grita en vano, ni el furor impide  
que la obedezca ya?

ANA

¡Ah! No burladas  
mis esperanzas queden. ¡Qué dichosas  
fuéramos ambas, si el amor dejara  
su sitio a mi amistad! ¡Cómo mi mano  
derramaría bálsamo en tus llagas!  
Házmelo consentir.

DIDO

Ana, yo nunca  
mis sentimientos te oculté: las ansias  
te revelé de mi pasión furiosa.  
¿Y podré reservarte la mudanza  
que han obrado los cielos en mi pecho,  
cuando menos mi pecho lo esperaba?

ANA

¡Ay, Dido! ¿Será cierto? ¡Oh, Dios! ¡Qué nueva  
tan lisonjera y dulce para mi alma!  
Bien: no lo veas más. Llama a Barcenia,  
llámala de una vez: de aquí que vaya  
hasta el lugar del sacrificio, y diga  
a tu enemigo que al momento parta;  
que no le quieres ver; que...

DIDO

No es posible.  
¡Que no le quiero ver! Ana, te engañas,  
y me engaño yo misma... No, no creas  
que le amo ya; mas antes de que salga  
para siempre de aquí... ¡Dios!, ¡para siempre!  
¡Qué idea tan atroz! ¡Cómo desgarrar

de nuevo el corazón!

ANA

¡Ah, Dido! ¡Dido!  
¡Cómo te burlas de tu triste hermana!  
Modera tus transportes, y refrena  
esa pasión frenética...

DIDO

¡Inhumanas,  
más que inhumanas las deidades todas  
que el mortal reverencia! Dido, basta,  
basta ya de sufrir: venga la muerte,  
y ahogue de una vez en mis entrañas  
este mal insanable, este veneno  
que me emponzoña toda. ¿Piensas, Ana,  
que hay vida para Dido, si se lleva  
Eneas mi vivir? Pero ¿qué aguarda  
mi furor que no tienta los socorros  
que pueden valer? Sí: que a las armas  
vuelen mis tirios, y con los troyanos  
en la defensa de mi amor combatan;  
incendien sus bajeles y destruyan  
de la agua en las orillas esas aras  
que alzó la iniquidad, y en las que ahora  
el incienso en mi daño se levanta.  
Venguen los tirios a su reina, y luego...

ANA

¿Qué dices, Dido? ¿Bastarán las armas  
de un puñado de hombres, que contigo  
de la Fenicia huyeron, contra tantas  
legiones que obedecen al inicuo,  
y que arden todas por marchar a Italia?  
Pon un freno, querida, a tus transportes,  
y deja que la mar venga mañana  
sobre tu misma costa...

DIDO

No lo creas:  
Eneas partirá, que nada basta  
a poder detenerlo. Y a Cartago  
verás venir al indomable Yarbas;  
verás destruir desde el cimiento mismo  
mi naciente ciudad; oirás la llama  
más que en Troya estallar; y yo, cautiva,  
después que de los míos la matanza

y el exterminio vea, a los rencores  
seré de un rey feroz abandonada.  
Eneas entretanto...

ANA

¿Y desde ahora  
por qué no prevenimos las desgracias  
que acabas de pintar? ¿Por qué tus tirios  
no seguirán alzando estas murallas,  
como antes que vinieran los troyanos  
a sembrar el horror en tus comarcas?

DIDO

Déjame ya. Barcenia en los altares  
no sé qué puede hacer que tanto tarda.  
Yo también a los Dioses en mi templo  
quise rogar por mí: también prepara  
ya la sacerdotisa el sacrificio  
que aplaque a Venus, y en la tumba helada  
la sombra aplaque del esposo mío.  
¡Último efugio que me resta, hermana!  
Si éste me falta, ¿encontraré por suerte  
el que de tu amistad mi pecho aguarda?

ANA

¿Y lo podrás dudar?

DIDO

Di, ¿me prometes  
servirme de una vez? Y de las ansias  
que mi pecho devoran ¿será dado  
que por la ayuda de una mano cara  
libre me pueda ver?

ANA

Háblame, Dido;  
háblame por piedad. ¿Qué quieres que haga  
para verte tranquila? Yo, ¿qué cosa  
te podré denegar?

DIDO

¡Querida! Nada.

ANA

Nada, querida; nada: si mi muerte  
puede librar tu vida...

DIDO

Bien; pues arma,  
arma tu mano de un puñal, y luego  
aquí, donde está el fuego, aquí, mi amada,  
húndelo todo...

ANA

¡Oh, Dios! ¡Qué horror! ¿Y Dido  
tal se atreve a esperar? ¡Ingrata! ¡Ingrata!  
¿Éste es el premio de cariño tanto?  
¿Así, cual nunca, mi amistad agravias?  
¿No te estremeces, Dido?

DIDO

No: la muerte  
por una mano tan querida dada,  
¡qué dulce me sería! ¿Lo rehúsas?  
Puede ser que lo sientas.

ANA

¡Cielo! ¡Hermana!  
Ten piedad de ti misma. ¡Oh Dios!  
(Aparte.)  
Barcenia  
se acerca; del horror viene agitada;  
y su rostro... ¿Será, será que a tantos  
otro motivo de furor se añada?

## *Escena II*

DIDO, ANA y BARCENIA.

(Sale BARCENIA como horrorizada, y hasta en su modo de hablar indicará el espanto.)

DIDO

¿Qué te agita, Barcenia? ¿Qué terrores  
aumentas a los míos? Habla; acaba  
de matarme tal vez. ¿Pudiera el cielo...?

BARCENIA

Señora; el cielo sin piedad aparta  
su bondad de nosotros. ¡Ah! Yo tiemblo  
de repetir, señora, lo que pasa  
en el templo. ¡Qué horror!

DIDO (Con una inquietud animosa y afligente.)  
Prosigue.

ANA (Con interés.)  
Nada;  
nada será, querida: el miedo turba  
muy fácilmente las vulgares almas.

BARCENIA  
No enojéis más al cielo, y a los Dioses  
que presiden la muerte. Yo la causa  
de tal portento ignoro, pero nunca  
la deidad al mortal mostró tan clara  
su venganza terrible. De la reina  
obedecí el mandato, y a las aras  
con la sacerdotisa me conduje.  
Recién las libaciones preparaba  
y los santos licores, que debían  
verterse por sus manos en la llama,  
cuando el incienso ardió; y obscuro, y denso,  
el humo, lejos de subir, se abaja,  
por invisible mano rechazado  
del aire y los altares. Azorada  
la intérprete del cielo, los licores  
iba en el fuego a echar; pero apagada  
la lumbre estaba ya, y el vino todo  
en negra sangre convertido...

DIDO (Temblando.)  
¡Hermana!

ANA (Con una emoción que procurará dominar al momento.)  
¡Dido! ¡qué horror!

BARCENIA  
La tumba de Siqueo  
tres veces se abre entonces, y otras tantas  
cerrada con estrépito horroroso,  
sus hondas cavidades retumbaban.  
El espanto, señora, me ha apartado  
del ominoso templo, y, encargada  
por la sacerdotisa de que os llame,  
pude apenas llegar hasta esta estancia.  
Sola os espera; porque sola, dice,  
que con la reina las deidades hablan.

ANA

No vayas, Dido, no: deja que aplaque  
Semira a la deidad, si está irritada.

BARCENIA

No, señora; volad: Semira inmóvil  
en la puerta del templo...

DIDO

Sí: mi planta  
apenas muevo ya; mas voy: los Dioses  
a la muerte, no al templo, a Dido llaman.  
(Con imperio y una serenidad como la de la desesperación.)  
Ninguna de las dos mis pasos siga,  
ninguna de las dos. Semira, aguarda.

(Se va.)

### *Escena III*

ANA y BARCENIA.

ANA

¿Qué has hecho, incauta? ¿No pudiste acaso  
moderar tu pavor? Mira: mi hermana  
ya sabes que ama a Eneas; mas no sabes  
cuántos horrores desde anoche a su alma  
un sueño trajo, en que Siqueo mismo  
en vengadora voz la amenazaba;  
no sabes la partida del troyano  
el atentado que tal vez prepara:  
nada sabes, en fin. Pero yo temo  
lo que debes temer: vuela, insensata;  
no abandones a Dido ni un momento,  
no la abandones a su furia insana.  
Yo tardo unos instantes porque espero  
al que sus penas horrorosas causa,  
y conviene que le hable, antes que Dido  
pueda volver aquí. ¡Parte!, ¡qué tardas!  
Un momento que pase es una furia  
que entra de nuevo a devorarla...

BARCENIA

¿Y Ana,  
y Dido misma a la infeliz Barcenia



no quisieron hacer una confianza,  
que era justa quizá, que cuando menos?...

ANA

No era preciso, amiga: yo bastaba,  
o creía bastar. Pero ha llegado  
el instante en que tú... ¡Querida! ¿Aguardas  
a que otra vez mi lengua te repita  
que Dido está en peligro?

BARCENIA

¡Oh, Dios! ¡Y tanta  
amistad que mi pecho le profesa!  
Voy, señora; ya voy donde me llama  
más que todo, el cariño.

ANA

Sí, mi amiga;  
obsérvala de cerca, y desalada  
vuela hacia mí en el punto en que...

(Suenan clarines como a lo lejos. Se supone ser en la ribera.)

¿Dios santo!  
¿Oyes la seña? Ésa es. ¿Oyes? Mi hermana  
la escuchará también: ya parte Eneas:  
fue mentida su vuelta. Vamos, nada  
nos puede detener: vamos a Dido;  
volem, dulce amiga, a consolarla;  
que este instante decide para siempre  
de su suerte, Barcenia, y ya se pasa.

(Se van con precipitación.)

#### *Escena IV*

ENEAS y NESTEO.

(La escena estará un breve rato en una soledad y un silencio profundos; pasado éste, se presentarán ENEAS y NESTEO.)

NESTEO

¡Qué insólito silencio! Este palacio  
que siempre resonó...

## ENEAS

Nesteo, calla.

Vengo a cumplir los últimos deberes  
que me impone el amor, y apenas basta  
a resistir mi corazón. Amigo;  
te lo debo decir, si así te llama  
mi pecho con verdad: voy a ausentarme  
para siempre de Dido; y estas playas  
en jamás volverán a ver a Eneas,  
ni Eneas a su amante desolada.  
Así lo quiere el cielo: mas mi vista  
de mirarla, Nesteo, no se sacia:  
el instante final es el más fuerte  
de todos los instantes: nunca estalla  
con más furia el amor, que en el momento  
en que es preciso abandonar su amada.  
No me increpes, amigo: todo está hecho  
para la gloria ya; permite que haga  
algo por mis amores, y mi pecho  
que tanto ha suspirado en esta estancia,  
suspire en ella por la vez postrera,  
y oiga mi Dido mis postreras ansias.  
Ya la seña se dio; nuestras legiones  
embarcándose están. Mientras que tarda  
la última seña, que a partir nos fuerza,  
y no permite espera, es justo salga  
amor y nada más del pecho mío,  
amor y nada más. ¡A bien que faltan  
muy menguados instantes! Pero Dido,  
¿dónde se ocultará? ¿No habrá su hermana  
llegado a persuadirla que su amante  
la adora más que nunca la adoraba?  
Nesteo, ¿dónde está? ¿Será que crea,  
que todavía crea que es ingrata  
una alma en que ella vive, y fuera suya,  
si fuese mía, como son las almas  
de todos los felices?

## NESTEO

Es muy justo,  
es muy justo, señor, que se deshaga  
un rato el corazón entre suspiros  
que una noble pasión del pecho arranca.  
Os dignasteis llamarme vuestro amigo;  
lo soy, señor, lo soy: vuestra confianza  
probadme en esta vez: no se repriman  
vuestros sollozos más; nunca degrada

el querer con nobleza: un pecho grande sensible debe ser.

ENEAS

Nesteo, basta.

Si el débil llanto de los ojos míos  
brotar pudiera alguna vez, brotara  
sólo en esta ocasión. En ella al menos  
lo arrancarí­a la más digna causa,  
y el secreto dichoso de tal llanto  
en pecho como el tuyo se encerrara.  
Mas el silencio del palacio crece,  
ni hay quien se acerque a estos lugares...

NESTEO

Ana

parece dirigirse hacia este sitio.

¿No es ella? ¿No la veis?

ENEAS

Sí, amigo. ¡Cuántas  
tristes ideas con su vista llenan  
de sinsabor y de inquietud el alma!

### *Escena V*

ANA, ENEAS y NESTEO.

(Sale ANA sin reparar en ENEAS al principio.)

ANA Tal vez no hay remedio. -¡Oh, Dios! ¡Qué veo!  
¿Qué hacéis aquí, señor?

ENEAS

¿Y vuestra hermana?

ANA (Con cierto aire de ironía.)  
Mi hermana sufre más de lo que Eneas  
es capaz de gozar, cuando le llaman  
cielos y gloria a un tiempo, y cuando llegan  
las horas de partir. ¡Señor!, el alma  
de los grandes campeones no se vence  
con amor ni con llanto. ¡Qué pensara  
de un héroe el universo, si pudiera  
ceder el héroe a las pasiones blandas!

En buen hora partid: lo que ya importa  
es que Dido no tenga la desgracia  
de volveros a ver; la herida suya  
está sangrando sin cesar, y es rara  
especie de crueldad venir vos mismo  
otra vez, y otra vez a desgarrarla.

ENEAS

¿Hasta cuándo, señora, mis dolores  
han de ser descreídos? Esta llama  
que mentida pensáis, y que en mi pecho  
encendió la pasión de vuestra hermana,  
es una llama noble, duradera,  
que de un soplo imprevisto no se apaga,  
ni se complace en insultar los males  
del objeto adorado que la causa.

ANA

Que sea cual decís: nada interesa  
a Dios ser querido o engañado  
de vos en adelante. Mas, si es cierto  
que os llega a lastimar su suerte infausta,  
partid en el momento; mis esfuerzos  
bastarán, si es posible, a consolarla;  
y si no, lloraré, como ya lloro,  
los males que su amante le prepara.

ENEAS

A prepararla vengo, y a pedirle  
de nuevo que me crea. Mis palabras  
la podrán persuadir de mis amores,  
y de la obligación que me arrebató  
tan lejos de su lado: nunca Dido  
llegue a juzgarme ingrato. Entonces, Ana,  
me ausentaré forzado, pero al menos  
me ausentaré sin que padezca el alma  
con la idea feroz de que mi amante  
juzga mentida mi pasión tirana.

ANA

Del corazón en el primer desorden,  
¿cómo os podrá escuchar? Vuestras miradas,  
vuestras voces, señor, serán puñales  
que en su pecho entrarán. Cuando la calma  
la restituya su razón, entonces  
yo os prometo... lo haré... me obligo a hablarla.  
Y a decirle tal vez cuanto vos mismo

le pudierais decir. Ahora, parta,  
parta cuanto antes vuestra nave. Dido  
no tardará en volver hasta esta estancia;  
sola en su templo con Semira queda.  
Barcenia está esperándola que salga  
para no abandonarla un solo instante  
a sus terrores y a su furia.

NESTEO

De Ana  
el consejo seguid: vuestra presencia  
funesta puede ser; y quien pensaba  
darle consuelos en su mal, acaso  
torne incurable la profunda llaga.

ANA

Sí, sed piadoso en esta vez siquiera:  
si amáis a Dido, por piedad dejadla,  
ya que no puede siempre a vuestro lado...

ENEAS

A pesar de la fuerte repugnancia  
que siente el corazón, estoy resuelto.  
Adiós, señora, adiós. ¡Puedan mis ansias  
ser creídas de Dido, y mi memoria  
no ser jamás aborrecida! Parta,  
parta sin verla yo: decís que, si amo,  
lo debo hacer...

ANA (Viendo a DIDO, y saliéndole al encuentro.)  
¡Oh, Dios!

### *Escena VI*

DIDO, ANA, ENEAS, NESTEO y BARCENIA.

(Sale DIDO con toda precipitación, como horrorizada, y se encuentra con ANA sin reparar en nadie más. Le sigue BARCENIA.)

DIDO ¡Piedad! ¡Hermana!

(Queda como en un delirio en brazos de ANA.)

ANA

¿Qué es esto, cielo santo? ¡Qué terrores!

Barcenia, tú la sigues. ¿De qué causa  
arranca este furor?

BARCENIA

Señora, tiemblo  
de mirar a la reina. Cuanto pasa  
me amedrenta y me aterra. Un atentado  
revuelve allá en su mente, y nada alcanza  
a poder refrenarla. En los umbrales  
del templo me dejasteis; azorada  
de repente la reina sale, y entra  
furiosa en su aposento. Mis pisadas  
de cerca la seguían; y observando  
que la observaba yo, vi que llevaba  
la mano hacia su seno, y sin hablarme,  
salió otra vez despavorida...

DIDO

Nada,  
nada es, amiga.  
(Ve a ENEAS.)  
¡Cielos! ¿Todavía,  
¡bárbaro!, todavía no se sacia,  
tu impiedad de afligirme? ¿Qué haces? ¿Vienes  
a mirar ya completa y consumada  
tu obra de iniquidad? ¡Malvado! ¿Esperas...?

ENEAS

Espero, Dido, consolarte.

DIDO

¡Cuánta,  
cuánta crueldad en ese pecho anidas!  
(Con ironía.)  
¡Hijo de Venus tú! La tigre hircana,  
cuya leche ferina fue, en naciendo,  
tu sustento primero, tus entrañas  
a ser feroces enseñó. ¿Pensaste  
que Dido acaso tu favor aguarda?  
¿A qué vienes aquí? Parte, perverso.  
A mí, ¿lo ves?, la tumba helada  
se me abre a cada paso... Allí Siqueo  
me espera. Sí, ¿no ves cómo me llama  
a jurarme de nuevo entre las sombras  
un amor eternal? ¡Cenizas caras  
de mi primer objeto confundidas  
con las mías seréis! ¿No miras, Ana,

no miras en contorno los sepulcros,  
y los espectros, y la muerte?...

ANA

¡Hermana!

¡Dido de mi alma! Por piedad te ruego...

DIDO

No hay piedad para mí; si la encontrara  
maldijera el hallarla. Ni en los cielos  
la quiero ya esperar. -Parte a tu Italia.  
¿Qué aguardas ya? Lo ruego, te lo mando;  
ésa es, Eneas, tu dichosa patria,  
y no aquel suelo engendrador de sierpes,  
que sostuvo de Troya las murallas,  
y que algún día la justicia griega  
estéril hizo en vengadora llama.  
¡Vuela, vuela de mí! Mis mismos Dioses  
impiadosos me arrojan de sus aras.  
Y cuanto toco se convierte en sangre,  
y cuanto miro en derredor me espanta,  
(Se oprime con la mano el corazón.)  
y las serpientes de las Furias moran  
aquí, aquí. ¿Las ves cómo desgarran  
el corazón sangriento, y envenenan  
hasta el aliento que mi labio exhala?  
¿Qué haces aquí, malvado? ¿Ni a la tumba  
quieres que baje con placer?

ENEAS

¡Amada!

¡Amada más que nunca! No tu pecho  
así abandones al furor...

(Suena como en la ribera la última seña del clarín.)

DIDO

¿Te llaman,  
te llaman, Dido, las terribles voces  
que en los sepulcros retumbando vagan?  
Ana, ¿no las escuchas?

ANA

¡Dios! ¡Eneas!

¡No pudierais partir sin que sonara  
otra vez un clarín que anuncia muerte?  
¿Esto hace, Eneas, quien a Dido amaba?

ENEAS

Parte, Nesteo; que Cloanto espere  
un momento no más...

NESTEO (Como increpándole su debilidad.)  
¡Señor!

DIDO

No partas;  
deja que muera la infelice Dido.  
A los que vuelan a buscar a Italia  
gloria y renombre, ¿interesar pudiera  
una flaca mujer, la débil llama  
de un corazón indigno de los héroes?  
No, Nesteo... ¡Ah! Yo tiemblo... Puedes, Ana,  
rogar al cielo... pero, ¡qué!... Semira  
a mi lado en el templo le rogaba,  
y el templo todo repitió mil voces  
de «muerte», y nada más... «Muerte», sonaban  
las espaciosas bóvedas, y «muerte»,  
las tumbas respondían.

ANA

Basta, basta;  
vuelve en tu acuerdo; te lo ruego, Dido,  
yo soy quien te lo ruego.

DIDO

Sí, mi hermana:  
tranquila estoy, tranquila; también puedes  
tranquilizarte tú. Dido lo manda.

### *Escena VII*

DIDO, ANA, ENEAS, NESTEO, BARCENIA y SERGESTO.

SERGESTO (Saliendo.)

Ya se ha dado, señor, la última seña:  
ya se empieza a mover toda la armada;  
sólo a vos y Nesteo en la ribera  
un corto resto de mi tropa aguarda.  
El viento es favorable: apenas riza  
la suma superficie de las aguas;  
y el sacerdote dice que los Dioses



ya os acusan, señor.

ENEAS

Nesteo, ¿falta  
aún algo que añadir a mis dolores?  
¿Por qué no me ausenté sin que llegara  
a este sitio la reina? ¿Cómo puedo  
en medio del furor abandonarla?

DIDO

Nada temas, Eneas... parte... -¿Dido?...  
ya voy, ya voy, Siqueo...;Sombra airada,  
no me persigas más!... ¡Qué sudor frío  
discurre por mis miembros! ¡Dios! Helada  
una mitad de mí ya no la siento.  
¡Ana! ¡Barcenia! Pero, ¡qué! ¿No basta  
mi mano a libertarme de mí misma?  
¡Mira, traidor, y aprende!

(Saca precipitadamente un puñal que habrá traído oculto, y se hiere.)

ENEAS

¡Dido!

ANA

¡Hermana!

NESTEO

¡Qué horror!

SERGESTO

¡Señor! ¿Qué hacéis?, ¿qué hacéis? Huyamos  
de este sitio espantoso.

DIDO (Moribunda.)

¡Sombra amada!...  
Perdóname... te sigo... ¡Hermana!... ¡Eneas!  
yo te amaba... ¡cruel!... y tú me matas.  
(Muere.)

ENEAS

Nesteo, ¿qué hago yo?

NESTEO

Partir al punto.

ENEAS

¡Qué funesto presagio llevo a Italia!

FIN